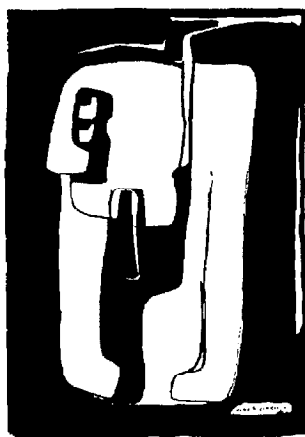


# NARRACIONES Y CUENTOS



.....  
*se ha abierto un abanico de milagros  
en la mano creadora del olvido.*

ANTONIO MACHADO

## *LA CHATA Y EL REMOLCADOR*

### I

En uno de los lugares más hermosos de la isla, por el silencio de su ambiente, el verdor de sus tierras y la belleza de sus paisajes, se alza con personalidad propia y orgullo de la función que desempeña en el campo de la Medicina, el sanatorio antituberculoso conocido con el nombre de «El Sabinal». Erigido con la ayuda del Estado y las cuestaciones públicas obtenidas en la llamada «Fiesta de la Flor», el benéfico establecimiento da cobijo a los que faltos del mejor tesoro de la vida, sienten cada año renovar el aleteo vivificador de nuestras jóvenes mujeres, cuando prenden y piden, con sus divinas manos también flores, en las solapas del caminante, la simbólica representación de la caridad humana.

En el sanatorio viven y duermen los que atacados por la peste blanca buscan remedio a su mal y tienen la esperanza de recobrar la salud para volver a ser útiles a la Humanidad. En él viven y duermen los que, imposibilitados de seguir en sus hogares para evitar un mal mayor, se ven obligados a abandonar las casas que les vieron nacer y crecer, abrumados por la tristeza que da la pérdida del dulce halago y encadenamiento a los seres que lo fueron todo durante los años que vivieron juntos.

Para alejar esa tristeza y soledad amarga e indescriptible, para poder saltar al hogar que dará alimento al cuerpo y luz brillante al alma si la salud retorna, y para evitar ese complejo misterioso en el que entran la ternura, la desitución y el ansia de desviarse en el remanso de la muerte, fueron creados estos establecimientos benéficos, obra de la ciencia de los hombres, con el fin de que, en sus amplias salas llenas de luz, sol y aire purificador, vivan los que necesitan reposo, tranquilidad de espíritu y

la precisa confianza para desechar del pensamiento la duda y zozobra que de continuo les atormentan.

Para convencer además al tuberculoso de que su enfermedad es tan humana como las demás, y de que hay que poner en su curación las mismas sensaciones y sentimientos de que goza el individuo sano, fueron construidas en ellos, soleadas y extensas galerías, llenas de «perezosas», alineadas como expresión de la convivencia humana, para que durmieran sus siestas, arrulladas por el frescor de la temperatura, el cantar de los pájaros y el tintineo de la gota de agua de la fuente que suena en la tanqueta, como los latidos del corazón sobre el pecho. En otros, esas largas galerías fueron edificadas, para que los enfermos pudieran mirar los paisajes que les brindan estas tierras junto a su mar y su cielo, esos paisajes llenos de factores espirituales, difuminadas reminiscencias y claros recuerdos de la infancia capaces de despertar en el alma la emoción que hace llorar sin que se arrugue la cara ni se cierren los ojos. Paisajes en forma de valles y cañadas, que se hunden mansamente en el regazo de las islas, sembradas de casas blanquecinas y cubiertas de yedras y veroles; paisajes ásperos y secos de sus cumbres que lanzan al aire prominencias toscas o afiladas amenazando al cielo con su lento crecimiento; paisajes, en fin, que nos brinda el horizonte en las tardes maravillosas del otoño cuando el sol, al ocultarse lo hace en una tempestad de colores. En otros establecimientos análogos, esas amplias galerías fueron planeadas para que los afectados por la peste blanca, pudieran pasar sus horas de ocio entretenidos en los juegos de mano, donde los movimientos de sus piezas alejen del cerebro los pensamientos llenos de presagios y desesperaciones.

Y sin embargo, a pesar de estos fines y de que en ellos cuentan con el personal sanitario y benéfico competente y eficaz, esta gran obra social que se ha llevado a cabo en todas las naciones del Mundo, incomprendida injustamente por sus beneficiarios, ha servido entre otras cosas más interesantes, para descubrir la psicología del enfermo tuberculoso, psicología que ha sido objeto de estudio en todos los tiempos por literatos y sociólogos, pues *al lado de aquéllos, en los cuales la enfermedad constituía*

un signo de oprobio y de vergüenza ante la humanidad traducido en el apartamiento de la sociedad y en el silencio con que suelen ocultar su mal, existen otros que se muestran indiferentes ante el peligro de contagio, haciendo caso omiso de cuanto les recomiendan sus médicos y familiares, desoyendo, al mismo tiempo, los consejos y enseñanzas que les prodigan las autoridades sanitarias de la nación.

## II

Es de repetida observación la existencia de enfermos tuberculosos que desesperados por los largos años de sufrimientos y miserias en espera de una terapéutica eficaz, poseen el alma ennegrecida y carecen de las ilusiones más comunes de la vida. Están dominados por un sentimiento arraigado de tuberculofobia que les hace ocultar su padecimiento, como si fuera un oprobio el padecerlo y un grave pecado el sostenerlo, hasta el punto de que muchas gentes, al oírlos, no sienten deseos de consolarlos y alentarlos.

Y si ingresan en el sanatorio para buscar remedio a su mal, la serie de sensaciones que recogen en su interior, sobre todo si el enfermo es inteligente, es campo abonado para despertar en él una neurosis de angustia que los hace disconformes e inadaptados. La lentitud con que pasa el tiempo, la monotonía del paisaje visto y repetido diariamente, la necesidad de buscar en el libro, el diálogo con sus propios pensamientos, la atmósfera de aislamiento con que suelen envolverse para evitar el trato con los que sufren moral y orgánicamente, son, entre otras causas, las que llegan a destruir las raíces que les unen al mundo físico y les hacen perder la voluntad, las ansias de vivir y los deseos de que sus nombres no desaparezcan en la ignorancia.

Por eso, hasta hace poco tiempo, se miraba al tuberculoso como un apestado que huía de la gente para ensañarse en la soledad del cuarto triste o en el silencio forzado de las salas del centro benéfico, hasta sentirse dominado por el sentimiento de la injusticia que estalla al fin en imprecaciones e insultos. Por eso les llega el momento

en que faltos de resignación, de evocaciones románticas, de convivencia social y de ilusiones para vivir, se dejan llevar de lamentaciones, de desencantos, de disconformidad ante el destino y se revuelven con ironía y rebeldía hacia lo que les rodea, convirtiéndose en personas de carácter agrio, inadaptados y resentidos contra sus semejantes y el poder divino. El tuberculoso piensa en la vida entera que pudo haber sido y que no fue y por esto, por lo que pudo haber sido y ya no será, es por lo que todo lo que le rodea y pueda rodearle en la posteridad, le tiene sin cuidado. Al fin y al cabo este grito de rebeldía que les hace imprecuar contra lo estatuido y lo que está más lejos de nosotros, es la voz que da origen al nacimiento del rencor y a su conversión en hombres llenos de amarguras.

A pesar de todo, el sanatorio fue creado para ayudar a la curación de estos seres que no obstante los sentimientos que los embargan, se avienen a confiar en su total curación, porque la Ciencia y la Medicina trabajan de continuo para lograr la desaparición de este mal, llamado peste blanca, que cada día cuenta con menos prosélitos donde poder anidar y evolucionar.

### III

En camas contiguas descansan sus cuerpos, dos enfermos naturales del Puerto de la Luz, víctimas, desde hace un año, de la tuberculosis pulmonar. Amigos desde la infancia, lo siguieron siendo en la juventud, no sólo porque los unía un entrañable afecto nacido al calor de la vecindad, sino porque habían elegido el mismo oficio.

Avezados al mar, mirando de continuo las aguas azules del océano, sintiendo en sus fauces el olor de sus mariscos y extasiados ante el espectáculo que les regalaba diariamente el puerto con la entrada y salida de buques lanzando al aire el blancor de sus velas o el negro humo del carbón encendido y quemado en sus entrañas, nuestros dos personajes ocuparon plazas de marineros en la goleta *Los tres hermanos*, dedicada a la pesca en las costas africanas.

Pero un día ¡oh triste día!, acuciados por la tos, la falta de apetito y el adelgazamiento, tuvieron que solicitar su ingreso en el sanatorio por consejo de sus médicos y familiares. Uno de ellos llamado Chanito Siverio, conocido en el barrio de su nacimiento con el sobrenombre de *Rapadura*, en atención a su dulce manera de hablar y a la forma de su cuerpo, más ancho de caderas que de pecho, era pequeño de tamaño, melindroso para las comidas, amigo de juergas y entusiasta partidario del ron y similares, porque decía era bebida que en el verano refresca y en el invierno calienta. El otro, roncote de pura cepa, Marcialito Pérez, más conocido en el *argot* marinero por el apodo de *Trafalgar*, en atención, recuerdo y admiración a la gran batalla naval que en tiempos de Carlos IV dieron muestras de inestimable valor nuestras naves y marinos españoles, era, por el contrario, alto, delgado, de aspecto rudo, voz bronca, áspera y perezosa como corresponde al isleño que adora al dios Baco, sobre todo si le sirven el aguardiente de la isla de Cuba que lleva por marca *El Ancla*.

Chanito y Marcialito, después de pensarlo mucho, ingresaron en el benéfico establecimiento para someterse al tratamiento que les fue aconsejado por el director, en la confianza y esperanza de que con los puros aires que allí se respiraban, los buenos alimentos que repartían, los medicamentos que recetaban y la ayuda de Dios, pronto recuperarían la salud perdida para volver, otra vez, a las faenas de la pesca y gozar del viento y del mar, elementos que enseñan a los hombres a luchar y hacerse fuertes.

De esta manera pasaban los días y las noches en comunidad con todos sus compañeros, esperando el paso de las horas, mirando el verdor del paisaje y sintiendo cómo luchaban la Vida y la Muerte en aquellas amplias salas, mientras los enfermos se quejaban o ardían en fiebre. Chanito y Marcialito se consolaban en sus coloquios pensando que ellos, a diferencia de los restantes enfermos, lograrían su curación, pues no habían olvidado que sus médicos les habían dicho que la *neumía en el pulmón* que cada uno padecía, era sólo una sombra comparada con la de aquéllos.

Así las cosas y mientras las hojas del almanaque se pasaban en silencio marcando la fecha del mes, una noche, Chanito tuvo más tos que otras veces, hasta el punto de

que no pudo conciliar el sueño. Tos pertinaz, seca y rebelde que sonaba en el ambiente de aquella mansión con toda la intensidad metálica del clásico *cujum-cujum*, que tanto carácter da a las toses espasmódicas del isleño; tos violenta y ruidosa que en uno de los esputos expulsados dio origen a la aparición de unas manchas de sangre. Observarlas Chanito en la semioscuridad que bañaba la sala para que nada impidiera el sueño de los demás y quedarse de una pieza, fue todo uno, a tal punto que no es para descrita la cara que puso en un instante ante aquel espectáculo. Comenzó a temblar como un niño, sus mandíbulas castañetearon de pánico y un sudor frío corrió por todo su cuerpo. Fue tal la sorimba y el susto que se apoderaron de su organismo, que no se atrevió a moverse de la cama al recordar los consejos que daba el médico director cuando, en otras ocasiones, algunos de los enfermos tenían hemorragias. Y en estas circunstancias, mientras hacía reposo absoluto para no quebrantar su naturaleza, empezó a notar que en su vientre se despertaban sensaciones extrañas y deseos irresistibles de visitar el cuarto número 100. (Ruidos de tripas, dolores en forma de retortijones y sudores que bañaban su cara en esta lucha de dar paso a su contenido y de aguantarlas para no moverse, le hicieron apretar con todas sus fuerzas el botón del timbre que pendía de la cabecera de su cama.) Esperó ansioso a que alguien acudiera a su llamada, y cuando Sor Margarita que, pasaba por el pasillo rezando las oraciones de la noche, seguida de su cortejo de batas blancas, inquieta y presurosa, hizo acto de presencia ante nuestro protagonista, le preguntó temblorosa y en baja voz, para no despertar a sus vecinos:

—¿Qué le pasa, Chanito, le ha caído mal la cena?

—Hermanita —le respondió en tono suplicante— necesito la chata para hacer una necesidad.

Inmediatamente le fue colocada por el personal auxiliar que acompaña siempre y hace guardia al lado de la Hermana de la Caridad y aquello ¡fue Troya! El pobre Chanito descargó su mercancía acompañada de sonoros ruidos y gases mal olientes, que fueron invadiendo, poco a poco, el aire de la sala hasta saturarlo de animalidad profunda y características inconfundibles.



Mientras esto sucedía y Chanito gozaba con aquel alivio sobrevenido después de vaciado su cargamento, el olor que volaba sin alas, por aquellas capas atmosféricas llegó a la pituitaria de *Trafalgar*, que, ajeno al espectáculo sucedido, dormía profundamente esas primeras horas en que el cuerpo se aísla del mundo para entregarse al ansiado descanso.

Pero como todo llega en la vida, también llegó el momento en que penetró en las fosas nasales de Marcialito aquel gas deletéreo que comenzó a ejercer su acción y dar señales de vida, haciéndole mover primero el cuerpo, después los párpados y últimamente los labios de su boca, pronunciando entrecortadas, y medio en sueños, las siguientes palabras:

—¡Foós... consio... que jíe...! Y al darse cuenta de lo que veía, esperó pacientemente a que su compañero terminara de hacer operaciones. Y como pasaron 10, 20, 30 minutos sin que Chanito diera señales de terminar y la chata seguía en su sitio, *Trafalgar*, desesperado y ahito hasta la saciedad de aquella atmósfera que seguía perturbando su sentido del olfato, al darse cuenta de que *Rapadura* no hacía de su parte cuanto debía para despejarla, tocó rápidamente el timbre de su cama y esperó a la llegada de la Hermana. Y mientras ésta acudía y Marcial se sentaba en la cama, un tanto nervioso y molesto, Chanito, con voz apagada por el temporal que estaba pasando, le dijo:

—¿Qué te pasa, Marcial?

—¿Que qué me pasa, jinojo? Que le voy a decir a Sor Margarita que mande a buscar un remolcador, porque la chata se ha encallado.

JUAN BOSCH MILLARES